

primer y último de los epígrafes señalados. Completan esta publicación unos adecuados índices de nombres de personas y étnicos, de lugares, y de voces y expresiones árabes, datos por demás interesantes, que permiten localizar con suma facilidad cualquier término relacionado con el tema que se estudia. Es también muy oportuna la inclusión de un sumario de epígrafes.

Es de agradecer a la Editorial Akal Universitaria que se responabilice de la publicación de libros relacionados con el arabismo, y es más que loable la labor del profesor Felipe Mailló, quien aborda la empresa con seriedad, precisión, minuciosidad y rigor, como corresponde a un indiscutible especialista.

FÁTIMA ROLDÁN CATRO

MICHOT Jean R., *Musique et danse selon Ibn Taymiyya. Le Livre du Samā' et de la Danse (Kitāb al-Samā' wa-l-Raqṣ) compilé par le shaykh Muḥammad al-Manbijī*. Etudes musulmanes XXXIII. Paris : Vrin, 1991, 221 págs.

La música y la danza tienen un gran valor cultural y un importante papel social en todas las civilizaciones; en muchas de ellas, por no decir en todas, también intervienen en los aspectos culturales y espirituales de la religión. En el caso del Islam, tanto los conciertos espirituales (*samā'*) como la danza pronto adquieren carta de naturaleza en la mística (*taṣawwūf*); y pese a los cambios sociales, en muchos casos han llegado hasta nuestros días. Durante los siglos XII y XIII muchos sufíes hacían uso, para algunos inmoderado, de la danza, de los conciertos espirituales y de las formas poéticas eróticas "vertidas a lo divino", como luego dirían nuestros clásicos del siglo XVI.

La peculiar estructura del Islam como *umma* regida por la *Šari'a* y el papel fundamental de la tradición (*sunna*), después del escrutarario del *Alcoran*, ha producido numerosos conflictos religioso-sociales que no sólo han llegado hasta nuestros días, sino que están de moda con el auge del integrismo islámico. Uno de los tres grandes pilares medievales de la vindicación de la integridad del Islam fue Ibn Taymiyya (muerto el 728/1328); los otros dos fueron el teólogo al-Gazzālī y el mahdī de los almohades Ibn Tumart. Ibn Taymiyya rechaza con toda dureza el *samā'* y la danza, tanto en lo que para nosotros sería su dimensión profana como en la religiosa que, en cierto modo, es única y común para el Islam en la interpretación integral. A principios del siglo XIV, Ibn Taymiyya piensa que los musulmanes de su tiempo estaban a muchas leguas de los "compañeros" del Profeta y de los fieles musulmanes de las primeras generaciones. El castigo a su desviación había sido la decadencia política y social. Se necesita, por tanto, volver al Islam integral original que es el del *Alcoran* y el de la *sunna*.

Aunque la postura de Ibn Taymiyya fuese conocida, los no especialistas no

disponían de una fuente de primera mano y en una lengua asequible para el hombre culto no arabófono ni arabista. El texto recogido por el Šayj Muhammad al-Manbiŷī es un documento excepcional en dos sentidos, por él conocemos como argumentaba Ibn Taymiyya sobre el tema y como interpretaba no sólo la tradición islámica, sino incluso la doctrina de los *falâsifa* sobre dicho problema. De aquí la importancia de esta traducción. El profesor Jean R. Michot, director del centro de filosofía árabe de la Universidad de Lovaina, y autor de uno de los libros más esclarecedores de algún aspecto del pensamiento de Avicen (*La destinée de l'homme selon Avicenne*, Lovaina, 1986), ha realizado una excelente traducción del texto árabe de Ibn Taymiyya recogido por M. al-Manbiŷī, precedida de una larga y jugosa introducción y acompañada por numerosas y esclarecedoras notas. Todo ello se completa con un exhaustivo léxico árabo-francés ordenado por raíces. Se trata, pues, de un libro importante tanto para los que deseen profundizar en las peculiaridades del pensamiento islámico, como para los preocupados por algunos aspectos de la realidad social islámica de nuestros días que tanto sorprende como inquieta.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ

MINA Hanna, *El ancla*. Madrid: CantArabia, 1989, 211 págs.

El protagonista que H. Mina nos presenta en esta novela es un pescador, Zakarías, cuyos rasgos psíquicos son rudeza, zafiedad, incultura e imprudencia encerrados dentro de un cuerpo dotado de una gran fuerza física, resistente, de proporciones gigantescas, feo y descuidado; que a causa de su desconfianza y arrogancia se ve obligado a huir de la pequeña aldea costera donde ha vivido siempre, perseguido por la policía. La única manera de que no le encuentren es aislarse en un lugar de la costa cercano a un bosque. Allí entra primitivamente en contacto con la naturaleza: el mar, los peces, el bosque; temática característica de la producción literaria de H. Mina.

A partir de la identificación que el protagonista logra con el ambiente que le rodea H. Mina hace percibir al lector en aquél algunos atisbos de bondad, de humanidad, de reflexión, sobre todo al relacionarse con la bucólica imagen de una joven pastora gracias a la cual conoce el amor (verdadero, por oposición a las relaciones lícitas e ilícitas que hasta entonces había mantenido en la aldea).

El pensamiento de superación personal y de solidaridad con la humanidad culmina en la última escena de la novela, en la cual el protagonista es capaz de dejar la vida en la naturaleza, los progresos morales conseguidos, la autoestima, el amor su libertad física, etc. por ayudar a los habitantes de su aldea, a los cuales él ya no importaba, frente a un peligro del que sólo él los podría salvar.

Las ideas de solidaridad e injusticia social que están abundantemente